



LA HISTORIA DE
RASSELAS
PRÍNCIPE DE ABISINIA

Samuel Johnson



Rasselas, príncipe de Abisinia y su hermana Nekayah habitan en el Valle de la Dicha, edénico paraje de connotaciones bíblicas que los aísla y protege de los habituales padecimientos y amenazas que afligen al ser humano. Sin embargo, la opulencia del Valle no colma su «sed de imaginación», el impulso más connatural del ser humano según Johnson. De este modo, Rasselas y sus compañeros emprenden un peregrinaje hacia Egipto, dejando atrás los dulces placeres de su perfecto valle, para conocer y estudiar otros modos de vida.

La Historia de Rasselas encarna las más maravillosas y poderosas cualidades del doctor Samuel Johnson: su trágico sentido de la vida, su justicia, su sabiduría (la cual nunca es solemne ni aburrida) y su milagrosa habilidad para mantener el equilibrio entre el humor y la sensibilidad al sopesar algunos de los más misteriosos problemas de la vida, como esa ancestral pregunta: ¿Qué es la felicidad y cómo podemos encontrarla?

En *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia*, se halla sintetizada una porción indispensable del legado de la tradición ilustrada en Europa; es la obra más original de Samuel Johnson, el autor más citado en lengua inglesa después de William Shakespeare, y sus aforismos han sobrepasado los umbrales de lo académico para incluirse en el acervo común.

ESTUDIO PRELIMINAR

La figura de Samuel Johnson, también conocido como «Doctor Johnson», domina de manera contradictoria y elusiva el panorama intelectual inglés de la segunda mitad del siglo XVIII. Para los siglos posteriores, y sobre todo en Inglaterra, más que un autor pasó a ser un personaje inolvidable: el que compusiera con meticulosidad y cariño el escocés James Boswell en su *Vida de Samuel Johnson*. En parte, ello se debe a que casi toda su enorme producción está constituida por trabajos clásicamente considerados impersonales o menores (transcripción de debates parlamentarios, prólogos, comentarios bibliográficos, miscelánea, biografías), aunque se trate de obras monumentales (un *Diccionario de la lengua inglesa*, y una edición crítica y anotada de las obras completas de Shakespeare).

Había también un violento contraste entre su aspecto físico (de cuerpo grande y desgarbado, afectado por una especie de oscilación y temblor permanente, con cicatrices de una cercana viruela, ciego de un ojo y miope del otro, vestido desaliñadamente) y la excepcional claridad para expresarse verbalmente (alguien comentó que sus palabras parecían una segunda edición corregida); y entre su capacidad de organizar con lógica y buen sentido cualquier tipo de tema o trabajo y sus peligrosos ataques de melancolía e inercia, que él era el primero en temer por su cercanía a la demencia.

Su vida estuvo dividida en dos períodos nítidamente delimitados, incluso en lo creativo. El primero, con mucho el más prolongado y difícil, se extendió a lo largo de cincuenta años, y representa una permanente lucha a brazo partido contra la miseria y sus propias limitaciones; en ese período escribió casi toda su obra. El segundo, que comienza a partir de una pensión acordada por el rey Jorge III, está constituido por las dos décadas en que reinó como una especie de soberano de las letras inglesas, sobre todo a través de su versatilidad y profundidad como conversador en reuniones sociales o en las reuniones de un Club Literario cuya sede era una taberna. Es el aspecto que ha dejado registrado con fidelidad Boswell en su *Vida*, salvando así para la posteridad una parte de la «obra» de Johnson tan importante como la escrita. *Rasselas*, un relato filosófico publicado en 1759, marca con claridad la división entre las dos etapas.

Samuel Johnson nació el 18 de septiembre de 1709 en una casa (ahora convertida en museo dedicado a su memoria) de la Plaza del Mercado de Lichfield, localidad de la región de las Midlands. El estado de salud del recién nacido era tan precario que se temió por su vida y se apresuraron a bautizarlo esa misma noche. Poco después se vio afectado por la escrófula, según se cree contagiada por una nodriza que lo amamantaba. Esta enfermedad le dejó un ojo prácticamente inutilizado y el otro miope. Su padre, Michael Johnson, era librero. Aunque respetado por sus vecinos, nunca pudo salir de la miseria, a la que había colaborado en su momento la compra de la enorme biblioteca del conde de Derby. Con su habitual precisión para definir problemas propios o ajenos, su hijo Samuel escribiría más tarde: «mi padre, que en la primera parte de su vida había contraído deudas, nunca comerciaba lo suficiente para pagar-

las y mantener a su familia; sacaba algo, pero no lo suficiente».

Su madre, creyente y puntillosa (que fomentaría en Johnson cierta tendencia a la culpa de raíz religiosa), lo llevó a los tres años a Londres en un breve viaje, con la intención de curarlo mediante el toque de la Reina Ana, siguiendo una creencia de la época. A su regreso tuvo un segundo y último hijo, Nathaniel, con quien Samuel nunca se llevaría bien.

La biblioteca de Michael Johnson constituyó la base de ese saber enciclopédico y variado que caracterizaría a su hijo Samuel. En los momentos de quietud o melancolía iba descubriendo a los poetas ingleses, a Petrarca, profundizaba el dominio del latín o tenía su primer memorable contacto con Shakespeare. Lo que más le atraía, sin embargo, eran los relatos sobre costumbres y creencias de países lejanos. Pronto la fabulosa capacidad del niño para memorizar y ordenar lo leído se destacó en el medio provincial de Lichfield. En 1717 Samuel comenzó sus estudios en la escuela primaria del pueblo, para continuarlos luego en la Escuela de Stourbridge, ayudado por distintos mentores impresionados por su capacidad intelectual.

Ya en esa época comenzaron a sucederse sus períodos de actividad o concentración frenética, y sus ataques —a veces prolongados— de enorme inercia, durante los cuales era incapaz de trabajar. En 1728 comenzó sus estudios en Oxford: la imposibilidad de poder terminarlos, por falta de medios (vestía con harapos, sus zapatos estaban casi destrozados) fue una de las primeras grandes frustraciones de su vida. Tuvo que regresar a Lichfield, y con su costumbre de encarar pragmáticamente los momentos difíciles, buscando el movimiento antes que la resignación, adquirió la costumbre de realizar extensas caminatas, sobre todo entre Lichfield y Birmingham, que distaban unos veinte kilómetros entre sí.

Ser famoso por su erudición no le había servido de nada, y a veces incluso dificultaba sus relaciones con los demás. En Birmingham vivía un Dr. Swinfen, padrino de Johnson. Samuel acudió a él para consultarlo sobre una cura para sus depresiones: le entregó un relato completo de sus síntomas, escrito en latín. La agudeza profesional con que estaba escrito impresionó tanto al médico que lo mostró a algunos amigos, infidencia que Samuel no pudo perdonarle y agrió su amistad durante años.

Poco a poco Johnson se fue quedando en Birmingham, donde contaba con la amistad de Edmund Hector. Para sacarlo en parte de su difícil situación económica a éste se le ocurrió hacerle traducir un libro que Johnson había leído en Oxford: el *Viaje a Abisinia* del padre portugués Jerome Lobo, basándose en la versión francesa. El librero Warren se encargaría de editarlo y venderlo. Poco después de empezar el trabajo Johnson cayó víctima de un ataque depresivo. Su amigo consiguió convencerlo de seguir, pero tuvo que desempeñar el papel de ayudante: Johnson dictaba la traducción desde su lecho y Hector la transcribía fielmente.

El volumen apareció en 1735. Ese mismo año Johnson se casó con Elizabeth Porter, una viuda casi veinte años mayor que él. Empeñando en ello parte de su dote, instalaron una academia privada para enseñar griego y latín, empresa que terminó en el fracaso, ya que sólo contó con un máximo de siete alumnos.

Al fin partió a Londres, en compañía de David Garrick, que llegaría a alcanzar gran fama como actor dramático, y adaptador de las obras de Shakespeare. Su esposa, a quien llamaba Tetty, se quedó en Hampstead, y durante un tiempo Johnson se entregó a una vida bohemia, recorriendo las calles a altas horas de la noche y disfrutando del clima de los bodegones donde comían personajes tan anónimos y pobres como él.

Al fin entró en contacto con el editor Cave, quien publicaba un periódico de naturaleza miscelánea: *The Gentle-*

man's Magazine, pionero de ese tipo de publicaciones y al que el propio Johnson atribuye en su *Diccionario* el origen de la acepción de la palabra *magazine* que significa *revista*. Johnson empezó a colaborar con el variado equipo de redactores, y su primer trabajo fue un poema publicado en marzo de 1738, en el que defendía a Cave contra editores rivales que lo habían atacado. Poco después dio a conocer su primer trabajo personal: *Londres*, un poema sobre la gran capital, escrito como imitación de una sátira de Juvenal.

Sus actividades en la revista se interrumpieron un tanto cuando, luego de la partida de Londres de su gran compañero de caminatas el poeta Richard Savage, viajó a las Midlands, donde pasó varios meses, haciendo serena vida social, período que más tarde recordaría como uno de los más felices de su vida.

A partir de 1741 Johnson se encargó de una sección fija de la revista: la transcripción de los debates del Parlamento. La misma se realizaba de modo indirecto: un decreto de 1738 prohibía la transcripción literal. Se recurrió entonces al ardid de presentarlos como debates del Parlamento de Liliput (la obra de Swift era muy popular en ese momento). A fines de 1739 la revista publicó una clave de todos los nombres ficticios. Johnson había comenzado a colaborar con William Guthrie desde un principio, y a partir de 1741 fue único autor de la sección. La misma se elaboraba sobre resúmenes preparados por ujieres del Parlamento, o relatos verbales de terceros a empleados de Cave. De manera que se trataba de textos totalmente elaborados por Johnson sobre una guía previa, a una velocidad prodigiosa, y con una calidad oratoria digna de Demóstenes. La experiencia le fue útil además como panorama pragmático y completo de la política y la sociedad de su tiempo, aunque más tarde mencionara esa parte de su obra como la que menos apreciaba. La causa quizá resida en su radical honestidad: las palabras escritas por él se tomaban al pie de la letra como

dichas por los políticos en los debates, y es posible que le irritara ver reproducidas en publicaciones extranjeras esas supuestas transcripciones literarias.

El 31 de julio de 1743 moría Richard Savage, el poeta y bohemio que lo acompañara en sus primeros vagabundeos londinenses. Savage se decía hijo bastardo de la condesa de Macclesfield, y vivía básicamente de los préstamos de los amigos que admiraban su talento. Eran ellos quienes lo habían convencido de abandonar Londres, en busca de una vida más ordenada. Ante su muerte Johnson propuso a Cave escribir una biografía de aquel personaje típico de la ciudad. Esta *Vida de Savage* fue su primera obra importante, y obtuvo cierta resonancia en el ambiente literario. Estaba estructurada como un conmovido homenaje, que no ahorraba los aspectos extravagantes de Savage ni la admiración por sus cualidades. Después de cinco años de trabajo ininterumpido, sin embargo, Johnson seguía siendo pobre. La casa de Lichfield, en la que vivía su madre, seguía hipotecada, y él y su esposa debían vivir de lo que ganaba con su pluma. La misma estuvo ocupada por una serie de trabajos diversos para Cave (sobre todo biografías en las que reelaboraba material preexistente).

Aparte de lo escrito para Cave, entre 1742 y 1744 Johnson se encargó de una de esas empresas al mismo tiempo ciclópeas y formadoras de la enorme amplitud de su conocimiento. El librero Thomas Osborne había comprado por trece mil libras una de las bibliotecas más completas de su tiempo: la de Edward Harley, conde de Oxford. Decidido a hacer valer su adquisición, pensó en un catálogo fuera de lo común, que constituyera una obra en sí mismo: descripción completa de los libros, indicación sumaria de su contenido, y precio. Para ello contrató a Johnson, que manejó y anotó (en colaboración con William Oldys) nada menos que cuarenta mil volúmenes, repartidos en cuatro tomos de catálogo. El trabajo dio origen a una de las innumerables anécdotas sobre el carácter de Johnson. En una discusión con

Osborne llegaron a las manos, y el Doctor lo habría derribado. En 1812 se exhibió en una librería una voluminosa *Biblia Graeca Septuaginta* de 1594, objeto con el que Johnson habría golpeado al veterano librero.

En los primeros meses de 1745 comenzó a elaborar su plan de una edición anotada completa de las obras de Shakespeare, y para exhibir sus aptitudes para la tarea escribió un folleto sobre *Macbeth*.

Un año después se firma el contrato para una de sus obras inmortales: el *Diccionario de la lengua inglesa*. Para el proyecto se reunieron siete libreros en una especie de consorcio, y acordaron pagar mil quinientas setenta y cinco libras por el trabajo. John Wain, en una espléndida biografía sobre Johnson^[1], determina con concisión y orgullo dignos de Churchill la diferencia de la empresa con las de otras naciones: «... ofrecieron además un ejemplo paradigmático del comportamiento ilustrado que puede ejercer a veces la libre empresa. Francia e Italia tenían academias, enormes comités de hombres instruidos, financiados por el dinero público y el mecenazgo privado, para hacer este tipo de trabajo. Inglaterra contaba con siete libreros y Samuel Johnson».

El trabajo se extendió a lo largo de nueve años, con la colaboración de seis ayudantes encargados del trabajo de encolar y pegar definiciones. Johnson fue quien impuso el sistema, más tarde clásico, de ofrecer citas como ejemplos de buen uso. Su obra representa el momento en que el idioma inglés se regulariza, en un gran esfuerzo colectivo, y permite además rastrear convicciones y matices personales del propio Johnson, no sólo en la selección de autores citados, sino también en algunas de las definiciones (en donde dejaba filtrar prejuicios como su clásico disgusto hacia los escoceses —aunque cinco de sus seis ayudantes lo eran—, o hacia su propio trabajo: la palabra *lexicographer* significa según él: «Escritor de diccionarios; ganapán inofensivo, que se ocupa de rastrear el origen, y detallar el significado de

las palabras»). Justamente el trabajoso aspecto filológico es el menos sólido de la obra, y el que hizo que su diccionario fuera criticado en exceso a partir de mediados del siglo XIX, cuando esa disciplina se desarrolló más. En el momento de su publicación (1755), sin embargo, el *Diccionario* se convirtió en un objeto imprescindible en todo hogar inglés, y lo siguió siendo durante todo un siglo.

El mismo año de publicación del *Diccionario* Johnson recibió un título honorífico de Master of Arts de la universidad de Oxford, y redactó su famosa carta a lord Chesterfield. A este noble con intereses culturales había dedicado Johnson su *Plan para el Diccionario*, escrito antes de emprender la monumental tarea. Pero lord Chesterfield no volvió a ocuparse de él, hasta que en el preciso momento en que aparecía publicada la obra escribió dos supuestas alabanzas, de índole frívola y muy poco felices. Johnson reaccionó entonces con una majestuosa carta de rechazo que los historiadores de la sociología literaria toman como el mejor documento y testimonio del momento en que se acaba el sistema del mecenazgo y el hombre de letras pasa a depender de su propio trabajo. Para expresar su desagrado ante esa sospechosa ayuda de último momento Johnson escribió: «No es un padrino, milord, quien mira despreocupado cómo un hombre lucha por la vida en el agua y, cuando éste ha llegado a tierra, lo estorba con su ayuda. Si la atención que usted ha tenido a bien conceder a mis esfuerzos hubiese sido más temprana, habría sido bondadosa; pero se demoró hasta que estoy indiferente y no puedo disfrutarla, hasta que estoy solo y no puedo compartirla, hasta que soy conocido y no la necesito».

La referencia a su soledad se relaciona con la muerte de su esposa Tetty, en 1752. Aunque en los últimos tiempos ambos se habían distanciado, su desaparición hundió a Johnson en una profunda pena. A partir de entonces no volverá a casarse, y se rodeará en cambio de una serie de personajes extravagantes a quienes albergará bajo su techo

poco a poco. Ante todo estaba Francis (o Frank) Barber, un muchacho negro liberto, a quien tomó bajo su protección quince días después de la muerte de Tetty. Lo trataría siempre con gran respeto (se cuenta, por ejemplo, que se encargaba siempre de comprar en persona la comida de Hodges, su gato, para no ofender a Francis al encargarle el cuidado de un animal doméstico). Cuando en 1765 Johnson ocupó una casa en el Nro. 7 de la calle Fleet, residirían allí (además de él y Francis), Anna Williams, una mujer madura y ciega; el anciano Levet, delgado médico cuya práctica a veces rozaba el curanderismo; la viuda Desmoulins, hija de su padrino el Dr. Swinfen; y una mujer llamada Poli Carmichael, quienes vivían todos en un estado de hostilidad mutua permanente. Como el propio Johnson escribiera una vez a Hester Thrale: «la señora Williams odia a todos; Levet odia a Desmoulins y no aprecia a la señora Williams; Desmoulins odia a los dos; Poli no aprecia a nadie».

Pero nos hemos adelantado en el tiempo. Aparte de sus numerosos trabajos de índole miscelánea (prefacios o contribuciones a obras sobre intercambio comercial, educación, etc.). Johnson escribe en 1749 otro poema importante: *Sobre la vanidad de los deseos humanos*, también basado en Juvenal. En 1750 se impone escribir dos ensayos semanales, que se publicaban bajo el nombre *The Rambler* (algo así como «el paseante»), y que constituyen en su mayor parte reflexiones sobre la conducta en la vida, pero también sobre temas históricos, literarios o generales. Se extendieron a lo largo de dos años, al igual que otra serie periódica, *The Idler*, publicada a partir de 1758.

Como en el momento de escribir la primera serie se encontraba concentrado en el *Diccionario*, la necesidad económica no parece haber sido el impulso básico para emprenderla. Se trataba más bien de crear un mecanismo para combatir su propensión a la inercia y para ejercitar su viejo

hábito de trabajar con un plazo límite, que solía cumplir siempre a último momento. Anteriormente había realizado, por ejemplo, planes que a veces rozaban lo patético para organizar su tiempo y sus lecturas: Boswell cita diversas listas en las que precisaba la cantidad de líneas de distintas obras y el promedio de tiempo en que podría leerlas.

También en estos años Johnson funda un club informal, que se reunía en King's Head, una taberna famosa por sus *beefsteaks*. Allí asistían personajes como el abogado John Hawkins (quien escribiría más tarde una biografía de Johnson), Hawkesworth (que registraría los viajes del capitán Cook), la escritora Charlotte Lennox, y sobre todo el doctor Richard Bathurst, a quien Johnson apreciaba profundamente. El trabajo a destajo, ininterrumpido, y las conversaciones y polémicas con los amigos fueron siempre para Johnson el mejor remedio contra la melancolía y el temor a la locura. Según su célebre frase: «una silla de taberna es el trono de la felicidad humana». Entre los numerosos amigos que hizo en esa época se destaca el pintor Joshua Reynolds, que dejaría a la posteridad los mejores retratos de Johnson, en los que captó con fidelidad su personalidad a lo largo del tiempo. También provendría de él el principal impulso para la fundación del Club Literario de los últimos veinte años, que se transformaría en una de las reuniones de eruditos y talentos más famosa de la cultura inglesa.

En 1756 Johnson escribió una enorme cantidad de artículos, comentarios bibliográficos (para la *Literary Gazette*) y un importante Plan para la edición de las obras completas de Shakespeare, viejo proyecto incumplido. Como crítico de literatura, se mantuvo un tanto distante con respecto a la novela, que era el principal fenómeno literario del momento. Le desagradaban tanto Sterne como Fielding, y admiraba a Richardson por su inclinación moralizante. Una carta a este último, pidiéndole unas libras prestadas para evitar la cárcel por deudas (que en esa época podía equivaler a una condena a cadena perpetua, o a muerte), indica

que sus problemas económicos estaban lejos de verse resueltos. En 1758 se encontraba otra vez bajo arresto, por una deuda de cuarenta libras, oportunidad en que acudió en su ayuda el editor Jacob Tonson, que estaba interesado en su edición de Shakespeare. Y para culminar esta década crucial, en 1759 muere su madre.

Es entonces cuando escribe, en el plazo de una semana, y para pagar el funeral de Sarah Johnson, el relato filosófico *Rasselas, príncipe de Abisinia*, sobre el que volveremos más adelante. Este texto señala el momento en que su vida entra en un remanso final en cuanto a las dificultades económicas y su ya sobradamente merecida fama. *Rasselas* tuvo una celebridad inmediata, y pronto fue traducida al francés, el italiano y el alemán. Por fin, en 1762, el rey Jorge III le otorga una pensión de 300 libras anuales, que le bastaban y sobraban para sus necesidades. A partir de ese año su producción escrita declina notablemente, y se acentúa en cambio su actividad de polemista y conversador. Comienza también a viajar cada vez con mayor frecuencia y placer. La obra más importante publicada en estas dos décadas es la esperada edición completa de Shakespeare, que, prometida para 1757, aparece recién en 1765, en ocho volúmenes y con una tirada de mil ejemplares.

Dueño al fin de su tiempo, Johnson realiza uno de sus primeros viajes invitado por Joshua Reynolds a su Devonshire natal. No deja de ser conmovedor que en aquella isla de gran poderío naval que era la Inglaterra del siglo XVIII, sea ésa la primera ocasión en que uno de sus hombres literarios más importantes ve el mar, a la edad de 52 años.

Reynolds quedó tan impactado en ese viaje por la conversación de Johnson, que más adelante se ocupó de proponer y llevar adelante un club informal de amigos, que se reuniera periódicamente en una taberna a discutir los más diversos asuntos. La idea se convirtió en realidad en 1764, y sus ocho miembros originales fueron (aparte de Johnson) Reynolds, Burke, Nugent, Beauclerk, Langston, Goldsmith,

Chamier y Hawkins. La fama del Club Literario era tan grande que pasar a integrarlo equivalía a ser elegido para el Parlamento. En diez años pasó de los ocho miembros originales a dieciséis, y en el momento de la muerte de Johnson había alcanzado un record de treinta y cinco integrantes. Otros nombres importantes de esa especie de universidad heterodoxa fueron Gibbon, Garrick, William Jones y Warton.

En 1763 se había producido el histórico encuentro entre Johnson y Boswell, en la trastienda de la librería de Tom Davies. A partir de entonces la pareja del corpulento Johnson y del inquieto escocés iría conformando poco a poco esa inquebrantable amistad con momentos de sublime buen y mal humor que quedaría fijada en un dúo de personajes tan imperecedero como el de Don Quijote y Sancho Panza, o el de Laurel y Hardy.

Ya en el primer encuentro Johnson sometería a Boswell a un rudo tratamiento que en él parecía ser lo más cercano al afecto. Más tarde, fatigado por su persistencia en obtener datos de su vida, le diría: «Hay dos cosas que me tienen harto: usted y yo». Boswell se encargó sin embargo de registrar esos veinte años de escasa actividad escrita de Johnson con una penetración y flexibilidad magistrales, brindando una imagen matizada, real, nada beata del gran hombre. Baste dar dos ejemplos. En el primero es posible advertir la aspereza de Johnson en las discusiones (según Goldsmith no se podía discutir con él «porque cuando su pistola yerra el tiro, te voltea con la empuñadura»). Un caballero aficionado a las teorías curiosas planteó la posibilidad de vida futura también para los seres irracionales, cosa que irritó a Johnson, como toda opinión religiosa no ortodoxa. «Así, cuando el pobre teorizador» cuenta Boswell, «con serio y pensativo semblante metafísico, dijo, dirigiéndose a él: "Pues es verdad, señor, que cuando vemos a un perro inteligente no sabemos qué pensar de él", Johnson, balanceándose con regocijo por la idea que brillaba en sus

ojos, se volvió rápidamente y replicó: Es cierto, *Sir*; y cuando vemos a un sujeto muy necio, tampoco sabemos qué pensar de él. Entonces se levantó, fue hacia el fuego, y se quedó allí un rato, riendo y regocijándose».

El segundo ofrece un ejemplo del método contundente de sentido común que seguía Johnson, por pequeño que fuese el tema. Boswell contó que en Italia había visto cómo colocaban a un escorpión dentro de un círculo de carbones encendidos, y cómo el animal se retiraba al centro del mismo y se clavaba el agujijón de la cola en la cabeza, lo cual sería un curioso ejemplo de suicidio deliberado. Johnson manifiesta en cambio que el animal se retira al centro por ser el sitio menos caliente, que muere sólo por el calor, y que volver la cola sobre su cabeza es sólo un reflejo convulsivo. Para creer en la teoría de Boswell exige que el gran anatomista Morgagni diseque un escorpión sometido al experimento, y certifique la presencia del agujijón en su cabeza.

En 1765 Henry y Hester Thrale, una acaudalada pareja que había conocido el año anterior, lo visitan en su antro de la calle Fleet, donde se encuentra abatido por la enfermedad y la depresión, y lo invitan a vivir en su mansión de Streatham. Nace entonces una gran amistad entre los Thrale y Johnson, de la que quedaría abundante testimonio epistolar y anecdótico. Siempre sería bien atendido por ellos, hasta que la muerte de Henry provocara algunos roces con Hester que terminaron por destruir sus vínculos amistosos.

Aparte de hacer periódicas sus excursiones a las Midlands, Johnson emprendió un prolongado viaje a Escocia y las Hébridas en compañía de Boswell, en 1773. Él tenía 64 años, Boswell 32. Fue allí donde más conversaron, donde compartieron momentos de peligro (estuvieron a punto de naufragar) y donde Johnson conoció el placer de encontrarse a la altura de las circunstancias a pesar de su edad. Como escribiría a su amigo John Taylor: «¿No está mi vida ca-